

OLIVA

A las seis de la mañana mi abuela se casó vestida de negro porque Bárbara, su suegra, le dijo que la vida se moría con el matrimonio. Entonces, Julio César, el papá de Oliva, mi abuela, compró unas telas negras y le mandó a hacer un sencillo vestido negro. También le regaló a Ernesto, el prometido de mi abuela, ciento veinte pesos para su traje de novio. Así se casaron. Todo el día llovió. Varios invitados les habían regalado ollas y otros trastos y los habían envuelto en papel periódico. Con la lluvia, tras la boda, se mojaron los empaques. Quien estuviera en el camino al pueblo a eso de las ocho vería corriendo a una niña, a un muchachón y ollas rodando montaña abajo.

La niña tenía catorce años cuando se hablaron por primera vez. Ernesto trabajaba arriando mulas. Un día entró a la tienda de Julio César. Llegó sobre un caballo. Desde esa altura pidió y pagó una gaseosa. Oliva estaba a cargo del granero de su papá. Según él, Oliva era la única de sus hijas que sumaba bien, que devolvía bien las vueltas. Ella le destapó la gaseosa, recibió el dinero, lo contó con maestría y devolvió lo que correspondía. No vio que Ernesto la vio.

Cada tres días, Ernesto volvía tras arrear unas mulas. Una tarde le dijo: —Misía Oliva, ¿y usted tiene novio?—. Ella pensó en un viejo que le sonreía los domingos desde la banca cerca de la iglesia. Negó con la cabeza y corroboró: no tengo. Él le preguntó si le permitiría escribirle cartas. Ella, con un alivio en la mirada, le dijo que le volviera a preguntar en quince días. Ernesto era siete años mayor, conocido en el pueblo por su guapura y su blancura. De hecho, le decían ‘Sangre’yuca’, blanco y no tostado, como muchos del lugar. Sus ojos eran verdes y miraban sin indirectas.

Sangre’yuca era muy pobre. Él, su mamá y sus hermanos estaban flacos del hambre. Mi abuela robaba comida de la tienda de su padre para llevársela a ellos. Aprovechaba los descuidos paternos para empacar cigarrillos, arroz, panela, chocolate, todo para misía Bárbara. Pasaron los quince días del plazo que ella le puso a Ernesto y llegó la respuesta: sí podían cartearse. Los hermanos más pequeños de ambos eran los emisarios. Ernesto escribía y mi abuela respondía. Él se volvió mi abuelo a punta de repetición: gaseosa, vueltas, pregunta, carta, respuesta, gaseosa. Cuando ella no trabajaba, él la visitaba hasta las cinco de la tarde, ni un minuto más, órdenes de Julio César.

Ernesto le pidió a Oliva que se casaran. Julio César le dijo a su hija que no, que era muy niña para eso. Ella pensó que su papá era egoísta: él ya se había casado y no quería que ella disfrutara igual. Al final, terminó aceptando y se casaron ese día lluvioso que hasta sus hijos recuerdan sin haber estado ahí. Julio César la entregó en el altar. Les regaló quinientos bultos de café y un granero incipiente pero prometedor.

La mañana siguiente a la boda ya tenía la tarea de alimentar a veinticinco trabajadores de la finca todos los días laborales, pero Oliva no sabía cómo se hacían las arepas. Madrugó y empezó a mover trastos. El desayuno resultó en una libra de sal con masa de arepa y chocolate. Cuando los trabajadores llegaron, probaron la arepa, pero el hambre no les alcanzó para que se la comieran. Ese primer día se tomaron solo el chocolate y Oliva les tiró las arepas a los marranos del corral. Aprendió con angustia. Durante varios años se levantó a las cuatro de la mañana para asar arepas con la cantidad precisa de sal y para hacer aguadulce, huevos y caldo para esa tropa.

Otro día de ese primer año de matrimonio Ernesto enfermó. Se tenía que tomar un purgante y la dieta obligaba a tomar aguapanela y caldo de gallina. —Cuando vuelva, téngame un caldo, con esa gallina que está ahí—. Él volvería en unas horas, después de empezar su jornada de trabajo. Oliva nunca había matado a un animal; se relacionaba con los alimentos en las ventas y como producto final, jamás como alquimista; no sabía cómo

OLIVA

agarrar una gallina, quitarle la vida, desplumarla...no tenía idea de cómo se pasaba de un animal vivo e inquieto a un caldo succulento para un esposo. Estuvo largos minutos agachada, mirando la gallina, pensando cómo se hacía. Empezó a calentar y salar el agua, a picar el cilantro, a pelar las papas y lloraba mientras escuchaba a la gallina cloquear.

Ernesto llegó. Pidió taza y media de caldo para seguir con la recuperación. No había caldo de gallina; la gallina corría feliz, casi tomando el sol. Él se dirigió a Oliva y le puso su revólver en la sien: ¿cómo no iba a saber matar una gallina? Oliva lloraba mientras pensaba en sus padres, en su escuela. Seguramente los gritos del esposo fueron demasiado, porque Leticia, una vecina, llegó. Corrió hacia la pareja y tiró hacia abajo la mano y el revólver de Ernesto. Le pidió que no le pegara a la niña, que apenas estaba aprendiendo, que le diera tiempo. Con su uña rasgó el pómulo de Oliva. La niña se lo tocó y vio la sangre en sus manos. Se arrodilló, miró el fogón de leña y lloró mientras sus dedos, con el olor terroso de las papas, calculaban el daño. Esa noche, tomó una caja, metió los pañales de su primer hijo, tomó al niño de cinco meses y salió en silencio de la casa. En medio del cafetal hizo cuentas y descubrió que las monedas no le iban a alcanzar. Llorando, arrullando a mi papá, se devolvió a la casa, desempacó los pañales y guardó la caja debajo de la cama. Estuvo en esa casa quince años más.

Mi abuela era una niña asustada infundiendo valor a sus niños asustados. Por las noches, despertaba a mi papá, de cinco años, para que la acompañara a cuidar el cafetal. Ella se armaba con una escopeta y estaba atenta a los sonidos de la oscuridad. Mi papá se sentaba a su lado, adormilado, rezando por que nada pasara —ni la chusma, ni un ladrón, ni un animal.

Mi abuela y Ernesto tuvieron cuatro hijos varones. Él no estaba muy presente y, cuando lo estaba, aterrorizaba a todos con su violencia. Las noches en que iba a casa, llegaba con compañía. Las mujeres no podían ser más jóvenes que Oliva. Ella, en su cuarto, a veces escuchaba sus conversaciones. Una vez, una le preguntó a su cliente si podían comer carne, arepas, tajadas, alguito.... Él dijo que claro que sí, solo tocaba despertar a Oliva y ya. Ella volvió rápido a la cama y se arropó. La chica abrió la puerta de la habitación. A tientas, recorrió la pared más cercana, encontró la bombilla, la encendió. Mi abuela se volvió en la cama, la miró un segundo... no era del pueblo, Ernesto se había ido más lejos esta vez antes de volver a casa. Suspiró y escuchó un grito desde la sala: el cliente-esposo pedía comida para él y sus invitadas. Oliva se levantó, arropó al niño y salió hacia la cocina. Carne, arepa, tajadas.

Además de todo el trabajo doméstico, a veces mi abuela trabajaba en la tienda de su esposo, a veces recogía café o trabajaba como telefonista en el pueblo. En la tienda recibía monedas a cambio de complacencias: alguien dedicaba una canción, ella la buscaba, redirigía los parlantes que estaban en la punta de unos postes hacia el corregimiento en el que viviera el destinatario de la tonada y decía por micrófono, por ejemplo, “Para complacer a Ernestina Estrada de parte de Arturo López, la canción *Senderito de amor*”. Ella ponía el disco y cobraba una suma, que era pagada a su esposo. Nunca recibió dinero por todas las complacencias que hizo posibles, ¿quién podría administrar mejor las ganancias que su marido?

Una vez, un hermano de Ernesto mandó llamar a mi abuela. Le dijo que había unas becas que el banco cafetero estaba dando para hijos de cafeteros para que estudiaran en Manizales. Lo único que debía hacer era ir a Filandia a hablar con el alcalde. Llegó a pie a la oficina del alcalde y logró el permiso; al otro día debían ir a Manizales. Su mamá, Dolores, vendió panela para comprarle a Oliva el pasaje de ida y vuelta, el de los niños era

OLIVA

gratis. Ella y mi papá tomaron el Expreso Trejos y llegaron a Manizales. Preguntaron por la granja escolar La Enea y entraron.

En el expreso, se habían sentado juntos. Ella llevaba en el bolsillo la firma del alcalde que le permitiría a mi papá estudiar. Él tenía ocho años. Mirando por la ventana ella le dijo: —¿Me promete que va a estudiar mucho? Yo lo voy a pensar todos los días—. El niño lloraba y se limpiaba rápidamente las lágrimas. La costumbre de no dejarlas recorrer la mejilla venía de su padre: Ernesto le pegaba si se caía y lloraba, los que lloran cuando duele son maricas, igual que los que se la pasan en la cocina. Con Oliva el niño lloraba un poco más en paz... Él juró estudiar, hacer tareas, portarse bien, pero le dijo que sentía miedo. No le dijo por qué: quién cuidaría a Oliva de su papá, quién si no él la acompañaría a otear el cafetal. No podría volver a su casa en un año; era la condición de la beca y a él le parecía imposible imaginarse un año, pero sonaba a mucho tiempo. Mi padre no sabía todavía que sería el niño número sesenta y tres del internado y que tendría a su cargo un cepillo de dientes nuevo y una toalla. Ella le apretó la mano con firmeza y le dijo que cada mes lo visitaría. Pórtese bien, le dijo mi abuela a mi papá en la puerta del internado de niños. Mi abuela tenía veinticuatro, su hijo, mi padre, ocho. Ambos se juraron cosas que se cumplieron.

En el pueblo, el cura Areiza notificó que vendría un obispo. Areiza podría descansar de su ardua tarea de ‘caminarles’ a las niñas del pueblo. Las invitaba a la sacristía en medio de los rosarios. Decía: Dios te salve, María, pase a la sacristía, llena eres de gracia... mi abuela le tenía miedo a Areiza. Así que el anuncio de un nuevo rostro le sentó bien; mi abuela se emocionó con la idea de la confesión con un obispo.

Esperó pacientemente su turno el domingo y entró al confesionario. Le dijo al obispo que tenía muchas angustias y pecados. Le explicó que su esposo se la pasaba en la cantina, que tomaba mucho y le pegaba más y que la estaba invitando a vivir, con sus dos hijos, con una nueva mujer y sus nuevos niños; Ernesto le decía que allí podría cocinarles a todos, como si esa fuera la mejor opción para ella. El bendito obispo la miró a través de la malla y le dijo: —Señora, el mundo no está roto y Dios no está muerto, váyase con los niños, esa vida no le corresponde—. Las palabras *el mundo no está roto* la rondaron por días.

A mi abuela le llegó una boleta mandada por su mamá, Dolores: “No le des la firma a Ernesto porque él te quiere quitar la herencia de tu papá”. A los niños mensajeros que recibió en la puerta les dijo en voz alta: —Dígale a mi amá que yo no le voy a dar la firma por nada—. Antes de terminar de hablar, vio saliendo a Ernesto del baño, ubicado afuera de la casa. Mi abuela moría de horror de pensar que él la había escuchado hablar con los niños. —¿Qué fue lo que dijo, Oliva? —. Ellos lo miraron mientras ella respondía con valor: —Que no le voy a dar la firma para la herencia de mi papá, Ernesto—. Él respondió con ira: —Ya vamos a ver si no me la va a dar. Voy a traer el revólver y vamos a ver quién firma—. Mientras Ernesto caminaba impaciente hacia el lugar en el que tenía el arma que quería usar y revolvía cosas, mi abuela buscó una caja, puso en ella una plancha, ropa de mi tío y una cobija. Cogió a su hijo y se fue; se alegró de pensar que el mayorcito estaba a salvo en el internado y corrió sin rumbo. Ernesto volvió con el revólver en la mano y no encontró a nadie. El mundo no estaba roto y Dios no estaba muerto.